

SIEMPRE LA OLVIDA

Algunos amores no se pierden... se repiten.

Marie Pouvet®

1897

Siempre la olvida

©2026 Marie Pouvet

Agradecimientos

No todo lo que ocurre puede explicarse

A mi querido compañero Houston,

que supo encontrarme en el silencio y quedarse sin ser visto.

Al que susurra la palabra justa en el minuto preciso.

A ese encuentro que no debía ocurrir ... y, sin embargo, ocurrió...

La culpa es de ella.

En la estación nevada,
donde el silencio parecía tener memoria, ella
llegó sin avisar.

Nadie conocía su nombre.

Pero todos sintieron su presencia.

Él la vio desde el otro extremo del andén.

No fue casualidad... o eso quiso creer.

Llevaba años esperando algo que no sabía
nombrar.

Y, sin embargo, en ese instante, lo supo.

No era un encuentro.

Era un reconocimiento.

Se acercaron sin prisa.

Como si cada paso hubiera sido ensayado en otra
vida.

—Llegas tarde —dijo él, con una calma que no le
perteneecía.

—Siempre llego cuando corresponde —respondió
ella.

Una chispa.

Un pulso antiguo recorriendo el aire.

Durante días, caminaron juntos por la aldea al
pie del glaciar.

Compartieron silencios más intensos que
cualquier palabra.

Rieron como si el tiempo no existiera.

Y, sin embargo... algo en ella permanecía lejos.

—No te quedas —afirmó él una noche, sin
preguntar.

—No puedo —susurró ella.

El frío se hizo más denso.

—Entonces, ¿para qué has venido?

Ella lo miró con una ternura que dolía.

—Para que recuerdes.

El tren partía al amanecer.

Él llegó antes.

Esperó.

Contó cada latido como si pudiera detener el
mundo.

Pero ella no apareció.

Cuando el tren arrancó, sintió que algo se rompía
sin hacer ruido.

Pasaron semanas.

Luego meses.

Una mañana, casi por azar, entró en una
pequeña librería antigua.

El dueño, sin mirarlo, le tendió un libro.

—Esto es para usted.

—No he pedido nada.

—Lo sé.

La portada era sencilla.

Sin título.

Lo abrió.

Y entonces la vio.

Era ella.

No una foto.

Un retrato dibujado a mano, con una precisión
imposible.

Debajo, una fecha.

Año 1897.

Él sintió que el aire desaparecía.

—¿Quién es? —preguntó.

El librero alzó la vista por primera vez.

—Dicen que aparece cada cierto tiempo.

Siempre igual.

Siempre para alguien que la reconoce.

Él cerró el libro, temblando.

—Eso no es posible.

El hombre sonrió levemente.

—Lo curioso no es que ella regrese...

Lo curioso es que usted siempre la olvida.

El mundo se detuvo.

—¿Siempre?

—Siempre.

Un silencio pesado cayó entre ambos.

Él volvió a abrir el libro.

En la última página, una frase escrita con la misma letra delicada:

“Esta vez, tampoco lo recordaste a tiempo.”

Y entonces comprendió.

No era la primera vez que la perdía.

Ni sería la última.

Porque el verdadero misterio no era ella.

Era él.

Él... era quien estaba condenado a olvidar.”